
Reconciliación

del Hombre y de la Historia

José Roberto Arango, S.J.*

INTRODUCCION

El interés del presente trabajo es concretar en dos puntos lo que Cristo anunció en su predicación del Reino de Dios: el perdón y la misericordia, como primer aspecto. El segundo es una consecuencia del anterior: la transformación de la historia hacia un nuevo orden de cosas.

Es mi intención relacionar las perspectivas que presentan dos autores latinoamericanos*, con la convicción de que la verdad sobre Jesús es tan inasible de una vez por todas y por una sola persona, que sólo de la confrontación y complementación de varias formas de

abordar su obra y mensaje puede resultar una imagen relativamente adecuada aunque todavía imperfecta, pues es Dios mismo el "objeto de estudio". Precisamente en este sentido es la Cristología una Teología: al ir detrás de Jesús, en el esfuerzo por comprenderlo, estamos yendo detrás de Dios mismo. Al descubrir a Jesús, descubrimos a Dios. Jesús nos revela a Dios en su comportamiento histórico, pero al mismo tiempo, y porque hemos podido entender a Dios en un hombre, también nos revela al Hombre: a ese hombre que en su historia, comprometido profundamente con ella desde Dios, la llena de sentido y muestra a Dios como el que hace radicalmente libre al

* Alumno del Ciclo Básico, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá.

* El P. Leonardo Boff en su libro "Jesucristo el Liberador" y el P. Virgilio Zea en su estudio cristológico "Jesús el Hijo de Dios".

hombre para construir su devenir concreto: Dios es el Liberador del Hombre.

Las perspectivas de los dos autores no son irreconciliables. En mi opinión, es asunto de énfasis. Veamos brevemente la perspectiva de cada uno y el punto de enfoque de las dos, para ubicar y definir la dirección en la cual habremos de trabajar en los dos capítulos de este pequeño escrito.

Para Boff el punto de partida es un análisis antropológico: el hombre mismo con las preguntas fundamentales de la existencia humana: por qué el hombre no puede ser feliz? por qué no puede amar? por qué esta dividido en sí mismo? por qué el dolor, la separación y la muerte? por qué el hombre no puede construir una relación fraterna y anda continuamente agobiado por el legalismo, la esclavitud y la guerra? quién podrá construirnos la paz, la salvación y la reconciliación? Pero, al mismo tiempo, el hombre tiene un principio-esperanza que es atestiguado a lo largo de toda la historia por todas las culturas. Así, Jesús es presentado por Boff como el que se levanta y activa ese principio-esperanza del hombre. Jesús se revela como el propio Dios en condición humana que anuncia la respuesta: El Reino de Dios.

En Boff el Reino de Dios es la realización de la utopía fundamental del corazón humano; es la transformación de este mundo y de todo lo alienante que hay en él como el dolor, el pecado, la desunión, la muerte. Jesús comienza a realizar esta utopía en el mundo en él mismo; confirma esta buena noticia

del Reino de Dios: este mundo de destrucción tendrá un buen fin: humano y divino. Por ello, Jesucristo es el Liberador, es la respuesta liberadora de Dios a la condición humana.

Boff accede a Jesús desde el comportamiento y acción suyos con las gentes de su época y en esas actitudes y obras descubre al liberador. Hacia esta respuesta liberadora apunta el libro de Boff, acentuando principalmente su carácter liberador.

Zea tiene un doble punto de partida: la convivencia de los discípulos con Jesús y la experiencia de Dios que ellos hacen en Jesús, por una parte, y la pregunta por la tarea y el sentido del hombre en el mundo, por otra. Los dos primeros aspectos suscitan en los discípulos una serie de preguntas que dinamizan el desarrollo cristológico del libro: quién es Jesús con quien Dios se ha comprometido totalmente en la Resurrección? quién es el Hombre que se ha manifestado en Jesús? quién es Dios que se ha entregado al hombre en Jesús? La respuesta a estas preguntas es que en Jesús se revela Dios y se revela el hombre en la autoentrega y auto-manifestación de Dios como dinámica de la verdadera humanización del mundo.

Dios en Jesús es la VIDA del hombre, lo cual se descubre en la historia de Jesús de Nazareth quien muestra en su rostro humano la cercanía salvadora de Dios como respuesta en la entrega de la fe que orienta hacia un humanismo verdadero. El P. Zea hace énfasis en su estudio en el Dios de Jesús, de cara

al cual Jesús vivió su historia concreta y por la cual se constituye en dador de sentido al hombre y a la historia: Dios mismo es ese sentido. Sólo la libertad que nos da Cristo de cara a Dios permite hallar el verdadero camino de liberación del hombre en la historia.

Creo que puedo decir en dos frases cuál es la perspectiva de cada uno de los dos autores, aunque corriendo el riesgo de reducirlos: para el P. Boff, Jesús se revela como el liberador del hombre porque coloca a éste en actitud de apertura al otro y a Dios; para el P. Zea, en Jesús se revela Dios como el único que puede darle sentido al hombre y a su historia.

Se podría decir que se trata de dos perspectivas al menos contradictorias? No, de ninguna forma. Creo que son complementarias: Jesús es el Liberador del hombre porque vivió su historia comprometido con el hombre y con su mundo desde su Padre-Dios y así reveló a Dios como el único desde el cual se puede construir una sociedad verdaderamente humana; y reveló al verdadero hombre como anclado definitivamente en Dios desde su origen hasta su fin, que son Dios mismo.

Dios es el liberador del hombre; esa liberación del hombre es posible si construimos la historia desde Dios: esto lo sabemos por Jesús de Nazareth, en quien, a la luz de la Resurrección, los discípulos descubrieron a Dios mismo agachado, realizando su continua obra de creación del hombre, del mundo y de la Historia.

El punto de entronque de las dos perspectivas es la historia humana y la realidad cósmica para las cuales Dios es la única dinámica de verdadera humanización, porque las libera de todas sus alienaciones en la vida concreta de Jesús de Nazareth.

I. EL PERDON Y LA MISERICORDIA

En el tiempo de Jesús estaba en vigencia la comunidad judía constituida como institución transitoria para esperar la llegada del Reino Mesianico de Dios. El modelo de la salvación de Dios que los judíos tenían era una monarquía, un estado-nación, que era el pueblo de propiedad personal de Dios, elegido por El y en posesión de una tierra libre de toda opresión, dada como heredad a todos los israelitas. Este estado de salvación les había sido arrebatado por los babilonios, por el Imperio Persa y últimamente por los romanos, bajo cuyo yugo estaban en el momento en que Jesús vivió. Para que se diera esa salvación, era indispensable tener una tierra libre en posesión, una monarquía y unas instituciones cívico-religiosas, como en el tiempo de David y de Josías.

En esto consistían, someramente, las esperanzas mesiánicas del tiempo de Jesús de las cuales él participa y hace eco. Pero Jesús no dice ni una palabra de rebelión contra los romanos ni hace alusión alguna a la restauración del Reino Davídico. Jesús no alimenta el nacionalismo judío, hasta el punto que desconcierta a los mismo discípulos quienes espe-

raban la restauración del Reino de Israel, al estilo esperado por los judíos, de manos de Jesús.

Cuál es entonces, el Reino que anuncia Jesús? Ese Reino no depende simplemente de un territorio o de un estado político monárquico, que tiene su origen en el hombre mismo. Por esto Jesús predica la conversión del hombre desde su interior, en donde la persona se relaciona íntimamente con Dios. El hombre debe hacerse desde dentro, según un nuevo orden de cosas, que es el que predica Jesús: el perdón y la misericordia. Este es el orden que de ahora en adelante concretizará la salvación de Dios en la historia humana.

Veamos algunos pasajes de los evangelios para que esta realidad que trae Jesús se vea aclarada e ilustrada.

1.1. Jesús come con pecadores y publicanos.

Entre los judíos eran llamados publicanos los recaudadores de impuestos para Roma. El derecho a ser recaudador era comprado por la persona interesada, comprometiéndose a recoger equis cantidad de dinero para el emperador romano y el resto que obtuviera lo guardaba para él. De esta manera, extorsionaban a las gentes judías con el fin de recoger el dinero que se habían comprometido a entregar y también con el propósito de ganar más dinero para ellos mismos. Por esta razón eran tenidos como opresores del pueblo, vendidos a los romanos y, además, pecadores por ser colabora-

dores de los paganos, traicionando con ello a la comunidad judía que estaba a la espera de un Reino Mesianico el cual debía estar libre de toda opresión.

La comida tiene un gran sentido en Israel: ella recuerda la Alianza de Dios con su pueblo y el que preside la comida, al invocar el nombre de Dios, afirma que los que participan en la mesa, participan de la Alianza de Dios. En Mc.2:15, encontramos la comida de Jesús en casa de Leví o Mateo, el publicano. Al comer en su casa está "gritando" con esta actitud que Dios acepta a todos los hombres, que no hace acepción de personas y está poniendo en evidencia que Dios es un Dios de misericordia y perdón. Esta misericordia de Dios se hace presente en medio de ellos a través de Jesús, quien no tiene una actitud maniquea dividiendo los hombres en malos y buenos y desechando a los llamados malos. Ese Reino que trae Jesús exige que se acepte al otro como hermano y se le tienda una mano de alianza y de perdón.

Era evidente que los escribas-fariseos se escandalizaran, pues ellos esperaban la llegada del Reino de Dios por el cumplimiento de la ley, lo cual les permitía discriminar entre los que cumplen la ley (imposible de cumplir para muchas personas por las pesadas y múltiples cargas que imponía) y los que no la cumplen. Jesús, por el contrario, se acerca a cada hombre en concreto en su situación de enfermo o de pecador, y no desde una norma legal (Mc.2:17). Jesús libera al hombre para acoger misericordiosamente al hermano.

Ahora bien, esa misericordia de Jesús y su perdón, están suponiendo una aceptación de Jesús y de su mensaje, es decir, están implicando un cambio radical en la persona y en sus actitudes de cara a Jesús. El pasaje citado está colocado inmediatamente después del llamado que Jesús le hace a Leví y que el publicano acepta. La misericordia de Dios es transformadora y se acoge en la persona misma, es decir, en la transmutación de sus individuales valores por los de Jesús, a quien se sigue.

Si comparamos este mismo pasaje de Marcos con el de Mateo, encontramos una diferencia. Es la cita de Os.6:6 en el v. 13 para decirles a los fariseos que es más importante la misericordia que los sacrificios, es decir, es más importante un corazón sincero y compasivo que la práctica rigorista y exterior de la ley, que caracterizaba a los fariseos. Esa misericordia de que habla Jesús es el mismo amor del que habla Oseas: tener misericordia es amar, y esto, a su vez, es el verdadero conocimiento de Dios. Así lo plantea el profeta en una frase en paralelismo, muy usada entre los judíos para indicar una misma realidad. Si el Deuteronomio, de la época de Josías, enseñaba que amar hacía alusión a guardar unos mandamientos cuyos contenidos eran un estado monárquico y un territorio, ahora con Jesús amar es tener misericordia, es aceptar al otro y perdonarle, es decir, llevarlo a la transformación personal, cuyas repercusiones alcanzarán a toda la sociedad.

Como último dato, es conveniente anotar que el contexto en que coloca Mateo este pasaje es el de la

sección narrativa de la predicación del Reino de los Cielos. La misericordia y el perdón que predica Jesús son parte esencial del Reino, lo cual se puede ver por las numerosas curaciones y exorcismos que Jesús hace (Mt. 8:16-17), los cuales manifiestan el poder de Dios, según la cosmovisión propia de los judíos de aquella época.

1.2. Los milagros de Jesús.

Centrémonos en este mismo contexto de Mateo y veamos los milagros que trae en esta sección de su evangelio.

Cura a un leproso (Mt. 8:1-4), al criado del centurión romano (Mt. 8: 5-13) a quien Jesús alaba por su fe (aún siendo pagano) y proclama, acto seguido, la participación de los gentiles en el Reino de los Cielos. Además, en boca de ese pagano, Mateo coloca la palabra: "Señor" para dirigirse a Jesús; ese es el nombre con el cual llaman a Yahvéh los judíos; un pagano ha reconocido en Jesús a Dios mismo. La misericordia y el perdón de Dios se desborda en este romano, pues su actitud ante Jesús revela una fe grande y un corazón sincero que es el objetivo de Jesús.

Jesús cura a los endemoniados gadarenos (Mt. 8:28-34); con una simple y tajante orden "Id", los demonios entran en la piara de cerdos. Esta acción de Jesús lo coloca en el mismo nivel de Dios, único que tiene autoridad sobre el demonio. Cuando Jesús cura al parálítico (Mt. 9:1-8) también le perdona sus pecados. De nuevo encontramos una acción típica de

Dios, el único que puede dejar libre de los pecados a un hombre. Mateo continua intercalando milagros, curaciones, exorcismos y la resurrección de la hija de Jairo.

Jesús llega a cada persona en concreto, en su situación determinada y en ella la acoge como es. Pero Jesús también le exige una transformación interna en su corazón y una confianza total en su persona: un ejemplo es la pregunta a dos ciegos que quieren obtener su misericordia: "Creéis que puedo hacer esto?" Y los ciegos le responden: "Sí Señor". Y de nuevo Jesús: "Hágase en vosotros según vuestra fe". Esa fe que ellos profesaron en la acción de Jesús, en su misericordia, los transformó.

Jesús encarna la misericordia y el perdón de Dios y acoge al hombre como es él para transformarlo. Siente amor por cada persona concreta y se compadece por la muchedumbre (Mt. 9:35). El perdón y la misericordia de Dios son el nuevo orden que Jesús anuncia y encarna como cercanía del Reino de Dios, cuyos signos El realiza y lo identifican como el que ha de venir (Mt. 11:3-5).

1.3. La radicalidad de Reino.

El amor-misericordia que vive y anuncia Jesús es totalmente nuevo con respecto a la ley del Levítico (Mt. 5:44): hay que amar a los enemigos, incluso. Se trata de ser exigente en la no acepción de personas. No se puede descender con el mal que implica esta discriminación: hay que poner el amor al hermano por encima de todo

(Mat. 5:39-41), inclusive por encima de la ley si ésta coadyuva a la opresión del otro (Mt. 5:31-32; Jo. 8:2-11), cuando en su nombre se omite la misericordia con el hermano (Mc. 3:1-6) o al practicarla rigurosamente se olvida al mismo tiempo lo más importante que ella misma tiene: "la justicia, la misericordia y la fe" (Mt. 23:23).

Jesús exige la radicalidad de esta actitud de amor, justicia y misericordia. Y todo ello se puede resumir en una sola palabra, que a su vez sintetiza toda la ley y los profetas: el amor (Mt. 23:34-40).

La libertad de Jesús se pone en evidencia en todo el evangelio. El contacto con su persona y la aceptación de su mensaje traen como consecuencia la liberación de todo lo que aflige al hombre y lo oprime: el dolor, la desesperación (Jesús trae la fe), la desunión (Jesús trae el amor, el perdón y la misericordia); ante Jesús, hasta la muerte se convierte en un sueño (Mt. 9:24). En Jesús se hace presente el Reino de Dios como liberación del hombre.

Pero en Jesús y en toda su vida y actitudes, quien está en juego es Dios. En él los discípulos, a la luz de la Resurrección, han descubierto a Dios mismo actuando en favor del hombre, de todo el hombre y de todos los hombres, haciéndolos verdaderamente hermanos. Esta actuación de Jesús sólo se puede entender desde Dios mismo. Por eso los discípulos captan esta realidad de Jesús desde la experiencia de la Resurrección, que es la aprobación de Dios a toda la vida de Jesús de Nazareth y a su compromiso. Ahora

comienzan a llamarlo con los mismos títulos que los judíos utilizan para referirse a Yahvéh: el Señor, el que tiene el nombre sobre todo nombre, por quien todo fue creado, y ante el cual toda rodilla se dobla en el cielo y en la tierra, pues está sentado a la derecha de Dios, es decir, en pie de igualdad con Dios.

Humano como fue Jesús, sólo puede ser Dios, dice el P. Boff. Dios se muestra en Jesús como el que lleva a cabo la verdadera humanización del hombre. Este no se entiende cabalmente sin Dios. Y, así mismo, a Jesús sólo lo captamos en toda su realidad desde el Padre, con quien estuvo en íntima relación durante toda su vida y por quien llevó a cabo su misión reveladora del hombre y de Dios, entrando en conflicto con la religión judía y con las estructuras sociales sostenidas por ella. Por eso lo mataron; por esta causa murió. Pero Dios lo exaltó a su derecha.

1.4. El Padre compasivo.

La parábola del Padre compasivo la presenta Lucas (15:11ss) como la tercera de una serie de palabras de Jesús, con las cuales responde a los fariseos y escribas que lo califican como pecador y blasfemo porque come con los pecadores (Lc. 15:2). La parábola está situada en este contexto polémico.

Centremos nuestra atención en el Padre, quien en la parábola representa a Dios, ante el cual todos los hombres somos deudores (los dos hijos). La primera actuación que tiene el Padre es de respeto hacia el

hijo menor que pide la parte de la herencia que le corresponde, aunque esa actitud va en contra del Padre mismo: en el mundo judío, pedir la herencia al padre es desear su muerte. Pero el padre de la parábola respeta la libertad de su hijo y no lo fuerza a permanecer con él.

El hijo se aleja de la casa del padre, se aleja de Dios, y decide hacer su vida de espaldas a él. Su proyecto termina en su propia destrucción y en el humillamiento más grande de su persona. En este hundimiento surge el deseo de regresar a la casa del padre: en el pecado y sus consecuencias, el hijo encuentra en su Padre una luz que lo rehaga a él personalmente. Descubre al padre. Paradójicamente el pecado se convierte en revelador de la bondad del Padre; además tiene el pecado una bipolaridad: contra Dios y contra un hombre concreto.

El Padre entra de nuevo en escena: no se espera hasta que el hijo llegue a la casa, sino que sale a su encuentro y ni siquiera lo deja terminar de decir todo lo que había pensado, cuando ya lo está abrazando y colmando de besos, restituyéndolo como su hijo, y ordenando una fiesta por el regreso de su pequeño hijo a la casa paterna. El amor de Dios desborda las mismas expectativas del hijo, quien pensaba ser recibido de nuevo por el padre sólo como jornalero. El amor de Dios es contagioso, y ordena una fiesta para que todos participen de esta alegría. Dios mismo sale al encuentro del pecador para restituirlo a la

vida, e invita al hombre a amar y perdonar con su mismo amor.

Pero el hijo mayor, que representa aquí al fariseo que se siente salvado por el perfecto cumplimiento de la ley, recibe el anuncio de la alegría de boca de un jornalero: el trabajador se convierte en portador del mensaje salvador y misericordioso de Dios. Sin embargo el hijo mayor entra en cólera y se niega a entrar a la casa. Ante esto, el padre sale a rogarle que entre, que acepte la alegría del regreso de su hijo. Pero el mayor se había acostumbrado al amor del padre, a gozar continuamente de todos los favores y a responderle simplemente cumpliendo todo lo que el Padre le ordena, como cumpliendo una serie de normas vacías, pero olvidando el profundo amor del padre; se niega, entonces, a reconocer a su hermano como tal y lo llama "ese hijo tuyo". Está allí claramente dibujada la actitud de los fariseos, quienes se sienten depositarios del Reino de Dios porque cumplen una serie de normas y legalidades, pero dejan de lado el perdón, el amor y la misericordia con sus hermanos.

El padre se alegra. El motivo de su alegría es la vuelta a la vida de "este hermano tuyo" (no lo llama hijo mío, con lo cual le indica al hijo y al fariseo que ese por el cual no se alegran sigue siendo hermano) y el hallazgo del mismo por parte del padre, a cuya casa regresa y con quien ha vuelto a sentarse a la mesa.

En esta parábola está en juego Dios mismo. Los fariseos tienen una imagen de Dios como juez, ante el cual basta cumplir una serie de normas y requisitos legales para estar

en paz con él, pero olvidan el verdadero amor a sus hermanos. Para ellos Dios no exige un cambio y una transformación en su vida. En cambio el Dios que presenta Jesús en la parábola y a lo largo de su vida es un Padre misericordioso, lleno de amor y compasivo, que acoge al pecador cuando sinceramente quiere construir su vida de cara a Dios. Ese perdón de Dios supone una decisión de cambiar la vida pasada y una acción positiva para lograrlo. Este Dios no necesita de legalidades: lo único que quiere es la conversión del pecador y la organización de su vida personal conforme al amor, resumen de toda la ley.

Para los fariseos, contentos con el Dios Juez que tienen, desde el cual pueden discriminar a las personas, sostener un orden de cosas construido sobre la injusticia que la misma ley permite, el Dios-Padre-Misericordioso de Jesús resultaba incómodo, pues significaba para ellos un cambio radical en la organización de su vida y sus privilegios se verían afectados grandemente. Pero tal es la misericordia de Dios, que Jesús mismo es una llamada a ellos para que regresen a la casa del Padre; Dios les sale al encuentro en Jesús para que cambien de vida. Ni siquiera discrimina a los mismos fariseos. Sólo que ellos se fabrican su propia condenación al condenar a Jesús hasta llevarlo a la muerte, no aceptando con ello su persona y su mensaje.

El hijo menor, al ser acogido de nuevo por el Padre, se libera de las cadenas de su propio pecado, de su humillación y destrucción

humana en la cual se había sumido. Dios, entonces, se presenta como el liberador de la condición humana, a nivel personal y social, como lo veremos más adelante. Dios mismo es el restaurador, en Jesús, del hombre y de toda su realidad. Jesús libera al hombre porque le muestra que si quiere hacer una historia de hermanos, sólo puede tener su mirada puesta en Dios, único absoluto de la existencia.

Dios es la verdadera humanidad del hombre, en cuanto sólo de cara a El la humanidad puede realizarse plenamente, accionando todas sus potencialidades en el amor, la misericordia y el perdón. El hombre es, pues, el único objetivo de la Acción Creadora de Dios.

II. LA TRANSFORMACION DE LA HISTORIA: Hacia un Nuevo Orden de Cosas.

La acción creadora de Dios toca a todo el hombre, a todos los hombres y a toda su realidad, que tiene su sentido en Dios mismo, pero que ha sido puesta por él a disposición del hombre para que la domine poniéndola al servicio de todos (Gn. 1 y 2). En este sentido, la heredad de hermanos que esperaban los judíos no puede ser ya el pueblo de Israel solamente, sino todos los hombres con toda su realidad histórica y cósmica.

Pero el hombre pierde su norte, su punto de mira y coloca su corazón en cosas inferiores a su propia dignidad: en las creaturas y obras de sus manos (Gn. 11:1-9), aferrándose a los nuevos ídolos creados por él, como el poder entendido

como dominio de los demás; como la riqueza, para obtener la cual hay que explotar al hermano; o como el prestigio que implica el desprecio de los demás.

“De muchas formas y de manera fragmentaria habló Dios a nuestros Padres por medio de los profetas...” (Hb. 1:1), para que los hombres comprendiéramos que Dios es el único Señor de la vida y del hombre, pero los hombres no lo recibimos como tal (Jo. 1:11), sino que nos abandonamos a nuestros caprichos, obras de la carne. “. . . En los últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos, el cual ... se sentó a la diestra de la Majestad en las Alturas” (Hb.1: 2-3).

La palabra de Dios, su Hijo Jesús de Nazareth, es una Palabra de perdón, misericordia y amor hacia los hombres, constituyéndolos hijos suyos y hermanos entre sí, con la tarea de construir un mundo habitado por quienes saben que esa es su realidad más íntima. A través de la labor humana, construída en el seguimiento de Jesús, Hijo de Dios, Dios mismo sigue construyendo la liberación total de los hombres. Pero es nuestra la responsabilidad. Dios respeta nuestra libertad y deja a nuestra decisión la participación en su obra.

Jesús ha proclamado el Señorío de Dios en nuestros corazones como única condición de realizar una historia en este sentido y con significado para el hombre mismo. Ese Señorío de Dios es exigente, y a él debemos sacrificar todo lo que nos desvíe de la dirección que

intentamos. Por esto, Jesús fustiga grandemente las riquezas y el poder porque son negación del Reino de Dios; llama a compartir los bienes con el hermano y a ponernos en actitud de servicio hacia él.

El perdón y la misericordia no se obtienen diciendo simplemente: "Señor, Señor". Hay que hacer la voluntad de Dios en la vida concreta, en la situación en que vivimos, en la historia del hombre. Por ello el perdón y la misericordia no tienen un alcance meramente individualista: abarca toda la realidad humana y del mundo. Todo lo que hace el hombre debe hacerlo según Dios. La transformación de la historia es, entonces, una exigencia del Reino de Dios y una consecuencia íntimamente ligada a la aceptación del nuevo orden de cosas que propone Jesús.

La subversión de los valores de nuestra historia actual y de las estructuras que los encarnan es una exigencia de la aceptación de Dios como Señor de nuestra existencia. Cuáles son los nuevos valores que propone Jesús? Y cuáles los obstáculos del Reino? Veamos esto brevemente.

2.1. Las Riquezas - Hacerse pobre

Las riquezas representan para Jesús un grave obstáculo para el Reino de Dios: "Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!" (Lc. 18: 34), le dice Jesús al joven rico quien, habiendo guardado todos los man-

damientos de la ley, no acepta lo que le propone Jesús, como única cosa que le hace falta para obtener la vida eterna en herencia: vender todo lo que tiene y repartirlo entre los pobres, como condición al seguimiento de Jesús. El joven era muy rico (Lc. 18:18-23). Seguir a Jesús es la condición sin la cual el Reino de Dios no se hace presente en la vida del hombre. Ese seguimiento implica la solidaridad efectiva con los pobres, la transformación de las realidades que generan la pobreza.

Jesús mismo se solidariza con los pobres desde su nacimiento en una pesebrera y desde su vida oculta en un pueblo de campesinos de la olvidada y explotada región de Galilea, hasta la forma como desarrolla su vida pública durante la cual no tenía ni dónde reclinar su cabeza (Cfr.Mt.8:20). Pero esta solidaridad de Jesús no está indicando una bendición de Dios a esa inhumana situación, sino un compromiso de Dios con toda la realidad humana, con todas sus miserias y fracasos, para transformarla desde sus raíces mismas en el Reino de justicia y amor.

Esa solidaridad transformadora es presentada como condición del Reinado de Dios: se trata de remediar el dolor y el sufrimiento de nuestros hermanos más pequeños a quienes todo el mundo olvida y quienes no tienen los medios para remediarlo (Mt. 25:31-45). No podemos ser indiferentes ante la situación de la mayoría de nuestros pueblos, que viven en condiciones indignas de hijos de Dios. El abismo entre ricos y pobres es el mismo abismo que hay entre Dios y quienes

hacen de sus riquezas el centro de su vida (Mt. 16:19-30).

La causa de ese abismo es el hombre mismo. No puede el hombre echarle la culpa a Dios y esperar que él intervenga milagrosamente para acabarlo. Más bien hay que escuchar el clamor de los pobres y de los hombres que levantan su voz en su nombre (Mt. 16:31) y poner remedio a la situación, haciendo de nuestra sociedad y de nuestra historia la casa definitiva donde se hospeda Jesús, quien hace que los hombres compartamos todo como hermanos y cambiemos la injusticia que hemos creado (Cfr.Lc.19:1-10).

2.2. Poder - Servicio

Nuestra actitud ante los demás hombres tiene que cambiar radicalmente si queremos seguir a Jesús. Los valores se truecan totalmente: el más grande no es el poderoso que oprime y tiene muchas riquezas, sino el que se hace como un niño (Mc. 10:13-16) y sigue la instrucción de su único guía: Jesucristo y su Reino.

Jesús ha venido a servir y no a ser servido (Mc. 10:44). El servicio a los hermanos es la nueva forma de ejercer la autoridad. El poder no es malo en sí mismo. Lo que lo hace insoportable ante Dios es el uso que se hace de él para dominar a los demás hombres. Jesús nos dió ejemplo de servicio al hombre en toda su vida, y su misma muerte es el mayor servicio que nos ha hecho. El ejemplo que Jesús nos da es para que lo pongamos en práctica unos con otros (Cfr.Jo. 13:1-15) en nues-

tras relaciones personales y en la totalidad de nuestra existencia.

El hombre, de cara a Jesús y a Dios, es un servidor de los demás y la vida que él elabora tiene que estar basada en esta actitud fundamental del hombre que se sabe hijo de Dios y hermano de sus semejantes.

2.3. El Prestigio - La Humildad

Ante Dios todos los hombres somos pecadores porque construimos nuestra vida de espaldas a Dios y destruimos con ello al hombre mismo. Cuando olvidamos esto, dividimos a los hombres en buenos y malos, colocándonos siempre en el bando de los buenos y despreciando así a quienes desde nuestra posición social, política o religiosa consideramos los peligrosos y malos. Nos forjamos un Dios que admite tranquilamente el desprecio de los demás.

Jesús nos presenta como justo a todo aquel que reconoce su debilidad y su pecado y se coloca ante Dios humildemente, convecido de que todo viene de él, que es un Padre misericordioso y compasivo. Ese justo puede ser aquel a quien despreciamos y descalificamos desde nuestra exclusiva posición (Cfr.Lc. 18:9-14).

Todo aquel que se afirma en sus riquezas, y en su poder, como fuente de prestigio, terminará por destruirse, pues para Dios lo más grande y prestigioso es vivir la vida con humildad delante de él.

La verdadera humildad está en buscar el Reino de Dios y su justicia,

pues de Dios viene la verdadera realización del hombre. Las demás cosas: comida, vestido, bebida son también dones de Dios, sin las cuales no nos dejará, pues es un Padre preocupado por sus hijos (Cfr. Lc. 12:20-31). Quien vive con esta profunda conciencia de que la vida es un don de Dios, no andará haciendo obras para aparecer ante los demás o buscando los primeros puestos en todo para obtener admiración y poder como los fariseos, a quienes critica duramente Jesús (Cfr. Mt. 23:5-7).

Quien tenga esta profunda convicción en su vida, tampoco se acercará a los demás con ánimo de dominio y explotación, o a los bienes de la tierra con arrogancia posesiva y acumuladora, sino que tratará de crear un nuevo orden de cosas donde todos participemos dignamente de los bienes y progresos del hombre. Desde Dios el hombre se hace verdaderamente libre para ser hermano.

El Reino de los Cielos es el Señorío de Dios en la totalidad de la vida del hombre. Dios toca con su acción liberadora a todos los hombres y, a través de ellos, a todo el mundo en su realidad histórico-cósmica, construyendo una historia que valga la pena ser vivida. Dios es el sentido y término del hombre. Por eso, ante ese Reino hay que dejarlo todo, hay que renunciar a los privilegios individuales (Cfr. Mt. 4:3-4), al poder (Cfr. Mt. 4:5-7) y al prestigio que da el mundo (Mt. 4:8-10), como lo hizo Jesús durante toda su vida. Estas actitudes las recoge Mateo en el pasaje evangélico de las tentaciones, el cual tiene

significado programático de la forma como Jesús realizó su vida y su Misión (Cfr. Mt. 4:3-10). La última respuesta de Jesús al demonio resume todas las respuestas anteriores a las otras dos tentaciones: "Al Señor tu Dios servirás y a él sólo darás culto" (Ib).

Hasta tal punto es exigente el Reino de Dios que hay que amarlo más que al mismo padre o madre, más que a su hijo o hija, pues él representa la verdadera ganancia para el hombre (Cfr. Mt. 10:37).

Quien acoge al hombre en el amor, especialmente a los disminuidos, a los pobres y humildes, trabajando por una transformación de su realidad, acoge a Jesús y acoge a Dios mismo. Dios en Jesús se presenta como la dinámica liberadora y potencializadora del hombre.

CONCLUSION

Recojamos algunas de las conclusiones que han ido quedando dispersas a lo largo de esta reflexión:

1. Jesús anuncia y realiza un nuevo orden de cosas que se ubica en el corazón del hombre: el perdón, la misericordia y la fe (Cfr. Mt. 23:23). Esto representa una exigencia de cambio radical del hombre desde dentro de él mismo: lo que hace impuro al hombre no es lo externo a él, sino lo que sale de su corazón (Mt. 15: 18-20).

2. Jesús proclama esta Buena Nueva como consecuencia del Dios que predica, con quien vive en pro-

funda relación y a quien pone en juego con sus propias actitudes, comprometiéndolo con ellas: manifiesta una imagen de Padre compasivo, misericordioso, que se alegra por la conversión del pecador y está siempre dispuesto a perdonarle. Dios es la fuente de libertad para Jesús.

El vivir la vida asido al Padre hace que Jesús libere al hombre con quien entra en relación cambiando sus viejas actitudes discriminatorias por la acogida al hermano en el amor (Mc. 2:15): los discípulos, siendo judíos, comen también con pecadores; Mateo, de cobrador de impuestos se convierte en seguidor de Jesús y deja de extorsionar a sus hermanos. Lo cual supone un cambio radical en las personas y en el ambiente que las rodea: los paráliticos andan, los ciegos ven, los muertos resucitan. Se trata de una innovación total en la vida del hombre que vive de cara a un Padre compasivo para el cual todos los hombres somos sus hijos, aunque nos alejemos de su casa siempre está dispuesto a recibirnos de nuevo si cambiamos nuestra forma de actuar.

3. El llamado de Jesús a la salvación definitiva está dirigido a la totalidad de la realidad humana y cósmica, pues es Dios mismo quien por él está creando todas las cosas y les está dando su sentido y su fin último. Esta acción creadora de Dios toca a todas las cosas de la tierra y a todas las estructuras humanas. Pero directamente llega sólo al hombre el cual por su acción debe continuar ese trabajo liberador de Dios, santificando

todo, es decir, haciéndolo obra de Dios, conformando un mundo donde todos vivamos como verdaderos hermanos, compartiendo todos los bienes de la tierra y los avances de la técnica, y haciendo que el universo progrese en humanidad. Por ello, el Reino de Dios implica una transformación de toda la historia hacia el nuevo orden de cosas que Jesús instauró en el mundo.

4. El eje de la predicación, obra y persona de Jesús es el amor a Dios-Padre que nos hace hermanos. Amar a Dios implica amar a los demás hombres. El amor a Dios y al hermano es el mandamiento más grande. Su cumplimiento es el núcleo del Reino de Dios (Mc. 12:28-34). Ese amor tiene su origen en el Padre, que nos lo da como don gratuito. Por ello Jesús ora a su Padre pidiéndole "Venga tu Reino". El Reino es del presente, está ya en medio de nosotros por Jesús; pero lo esperamos definitivamente para el futuro, cuando la plenitud de todo en Cristo se manifieste como una realidad definitiva.

El amor y el Padre son, pues, el sentido último de la vida de Jesús, sin lo cual no podríamos entenderlo cabalmente.

5. El Dios que se revela en Jesús es el liberador del hombre. Pero nuestro acceso a ese Dios sólo puede ocurrir a través del seguimiento de Jesús (persona, obra y actitudes), por quien se hizo posible para los hombres la auténtica liberación: Jesús es, pues, nuestro liberador.